

# El sadismo de ETA se ceba en la sangre de los niños

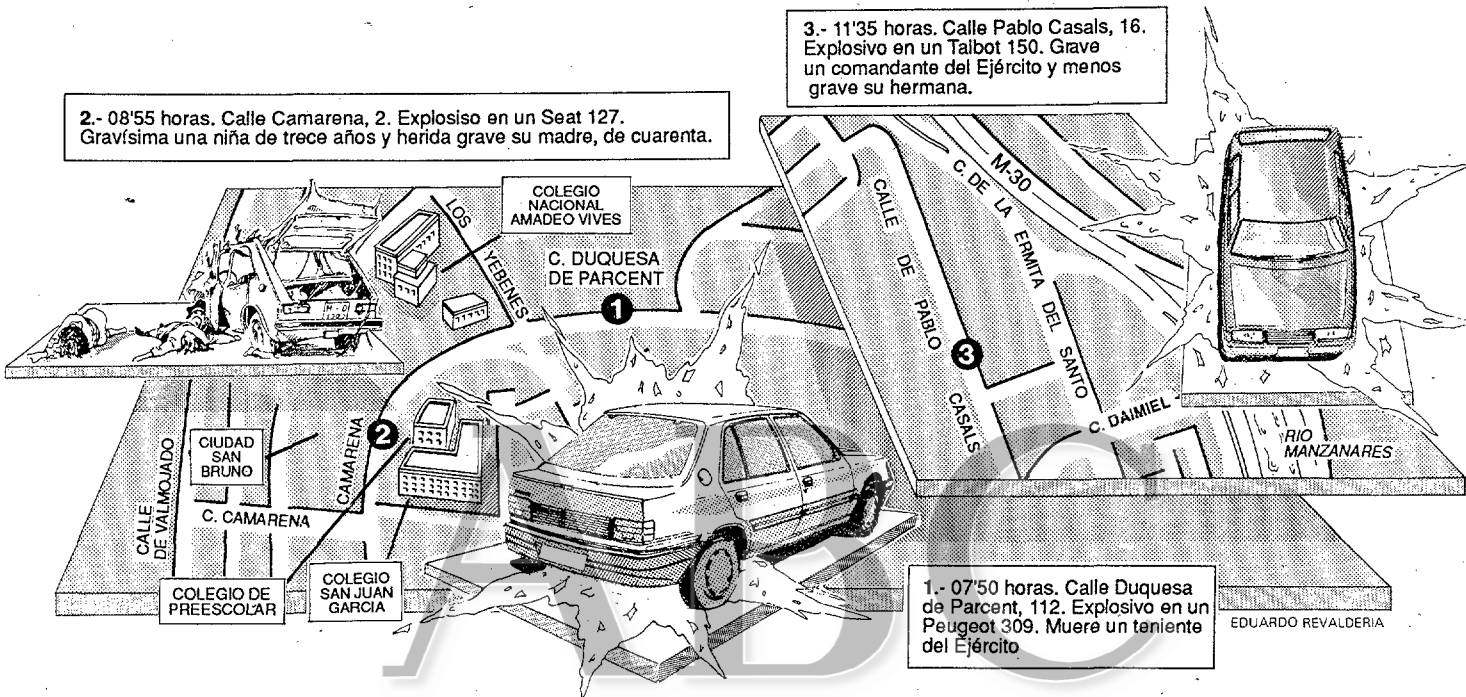
Los autodenominados «liberadores del pueblo vasco» ponen bombas junto a guarderías

El padre de la niña amputada: «No sanará, ¿has visto volar a una paloma sin alas?»

Madrid

Un muerto y cuatro heridos gravísimos es el balance cosechado por los criminales de ETA en sus últimos actos terroristas, cometidos ayer en Madrid. Entre los heridos, una niña de trece años que al cierre de esta edición se encontraba en estado crítico después de haber sufrido la amputación de sus dos piernas. Los tres

atentados sucedieron entre las ocho y las once y media de la mañana, todos cometidos mediante explosivos adosados los vehículos y en un radio de menos de un kilómetro. El teniente Carballar, de cuarenta y siete años, casado y con cinco hijos, resultó muerto en el primero de los atentados cometidos por la banda.



2.- 08'55 horas. Calle Camarena, 2. Explosivo en un Seat 127. Gravísima una niña de trece años y herida grave su madre, de cuarenta.

3.- 11'35 horas. Calle Pablo Casals, 16. Explosivo en un Talbot 150. Grave un comandante del Ejército y menos grave su hermana.

1.- 07'50 horas. Calle Duquesa de Parcent, 112. Explosivo en un Peugeot 309. Muere un teniente del Ejército

EDUARDO REVALDERIA

Poco antes de las ocho de la mañana tuvo lugar el primer atentado en la capital de España, que costó la vida al teniente del Ejército de Tierra Francisco Carballar. Los terroristas adosaron a su coche, un «Peugeot 309», un artefacto que hizo explosión pocos metros después de que el militar pusiera en funcionamiento su vehículo, para lo que utilizaron un procedimiento técnico conocido como «bola loca» que al desplazarse en un tubo activa el explosivo.

## Cinco hijos

De inmediato, al escuchar la explosión, bajó su hijo Vicente, el mayor de los cinco hijos del teniente Carballar, a la calle y se abrazó a su padre, ya cadáver, que yacía en el asiento delantero del automóvil; mientras que la mujer del teniente, María Dolores Cardoso, y otra de las hijas, Alicia, también lloraban junto al cuerpo de Francisco. Alicia y un tercer hijo solían, por temporadas, ir con su padre en el coche por las mañanas aunque los últimos días utilizaban el autobús.

Antes de las nueve de la mañana, cuando la zona aún se encontraba acordonada por numerosas efectivos de la Policía y un

helicóptero sobrevolaba la misma, hizo explosión a unos doscientos metros el segundo artefacto. María Jesús González Gutiérrez, de cuarenta años, y su hija Irene, de trece, circulaban en un «Seat 127» por la calle Camarena cuando se activó el artefacto en el momento justo en el que el vehículo pasaba por delante del colegio San Juan García, que está junto a un centro de preescolar.

En segundos, María Jesús González apareció tirada en el suelo, boca arriba, con una pierna y un brazo amputado además de todo el cuerpo lleno de heridas, y su hija, vestida con el uniforme del colegio y con un anorak, boca abajo con las dos piernas cortadas y permanecía quieta, por lo que en un primer momento se pensó que estaba muerta. María Jesús González trabaja en la Comisaría de Los Cármenes, como funcionaria.

## Funcionaria de comisaría

Madre e hija fueron conducidas, respectivamente, al Hospital Doce de Octubre y al Hospital Militar Gómez Ulla. Irene Villa González continuaba en estado gravísimo después de la operación que le fue practicada y que

duró más de dos horas y media, mientras que su madre María Jesús Gutiérrez se mantenía en estado grave tras la intervención a la que fue sometida.

## Dos piernas amputadas

El comandante de Infantería Rafael Villalobos Villa, víctima de un tercer atentado, que se produjo tres horas y media después del primero, sufrió la amputación de las dos piernas. Este hecho se produjo asimismo en las proximidades de un centro escolar, ya que el vehículo del comandante hizo explosión a escasos metros del colegio Ermita del Santo, cuyos alumnos estaban en ese momento en el patio disfrutando del recreo.

Los hospitales 12 de Octubre y Gómez Ulla vivieron escenas de tenso dramatismo durante todo el día de ayer. A las diez de la noche, Luis Alfonso, padre de la pequeña Irene y taxista de profesión, salía destrozado de su último encuentro con el médico que se ocupa de su hija. Entre sollozos, musitaba un leve «esta en peligro; no puede ponerse bien, no podrá nunca. ¿has visto alguna vez volar a una paloma sin alas?». En las dependencias del Hospital Militar Gómez Ulla, los

familiares y amigos de la familia esperaban, en un ambiente de dolor y rabia contenida, noticias sobre la pequeña, «estos asesinos de ETA —dijo un pariente de niña— han dejado a una familia destrozada. Son unos salvajes que deberían pagar por lo que han hecho. Merecen lo que estamos sufriendo nosotros», informa Susana Nieves.

Por la mañana, Luis Alfonso había estado en el Hospital 12 de Octubre, donde la otra mitad de su alma se consumía a los pies de la cama de su esposa. «Allí —comenta una amiga de la familia— aguantó mucho mejor la tensión, pero esta tarde se ha derrumbado».

En otra parte del Gómez Ulla, otra familia, la del teniente Francisco Carballar, velaba el cadáver del militar asesinado. Su mujer y sus cinco hijos permanecían pegados al féretro del teniente, sollozando sin parar y haciendo inútiles los esfuerzos que compañeros y familiares del fallecido hacía para reconfortar su dolor. La tensión era tal, que uno de los hijos de Carballar, Vicente, cayó desmayado ante el cuerpo de su padre, por lo que tuvo que ser sacado de la capilla ardiente.